

# Un Hombre y un Pueblo

por Fray Francisco de San Miguel  
O.F.M. Cap.

En el corazón de Europa hay una pequeña nación que no suscita envidias ni tiene ambiciones. En sus montañas no anidan las pasiones, ni brotan los genios del bien ni del mal. Su enseña, una cruz blanca en fondo rojo, no abandera ningún partido en los acontecimientos mundiales, ni tampoco figura en ninguna guerra, desde hace 400 años; antes bien, ha llegado a ser como símbolo de la paz.

Fuera sólo por este capítulo, sería digna de admiración. En efecto, ¿qué nación ha alcanzado tal estabilidad interior y exterior? Si hay un país democrático por excelencia en que no existen desigualdades; si hay un país pacífico por excelencia, donde no existe el ejército (cada ciudadano no es militar efectivo en caso de defensa de la patria), ese país se llama Suiza.

Un nombre está ligado a su historia, no como genio político o héroe militar, sino como protector, más que humano, en el seno de los hogares y en el fondo de los corazones. Aunque el calvinismo invadió la Suiza de la Edad Moderna, como nación, colectivamente, es tal vez la más cristiana. Precisamente porque el calvinismo favorece el régimen federalista, su democracia, fundada en la independencia local de las iglesias, no tuvo rebalses ni admitió despotismos. Cierto que la fe cristiana no tiene allí las inquietudes de las variantes históricas; pero es esta fe la que domina desde el fondo la vida de los suizos. Esto sobre todo porque el hogar no ha sufrido las disoluciones de las costumbres modernas, y esta es la base.

El catolicismo vuelve poco a poco a conquistar, pacíficamente, las posiciones perdidas. Su actual presidente

es un católico, y no sólo de bautismo.

Ese nombre, que decimos, es el de Nikolaus de la Flue, o Bruder Klaus, como le llama el pueblo, canonizado en 1947, y declarado, después de la guerra, héroe nacional y patrono de Suiza. No hay suizo que no vaya a visitar su tumba en Sachselm, su casa en Flue, su ermita en Ranft.

Fué, pues, ermitaño, pero sui generis: agricultor, padre de familia, capitán de ejército, regidor y juez, por fin solitario y consejero universal.

Nacido en 1417, en el cantón de Obwalden, desde joven entró en la conocida sociedad medieval de los Amigos de Dios, a la que pertenecían sus padres. De muchacho, sólo tenía una rareza: cada cierto tiempo desaparecía de casa y se perdía en la montaña, donde se le descubría rezando. Hecho hombre fué militar, como buen suizo, pues la esencia de estos montañeses era la guerra. ¿Quién no recuerda en la historia los guerreros más famosos de Europa en la Edad Media, cuyos vástagos defienden hasta hoy el Vaticano?

Por aquella época se formaba la Confederación Suiza, y los cantones, unas veces en defensa contra Austria o Francia, otras veces rivales entre sí o bien por el afán de conquista, vivían sobre las armas. Klaus Leuenbrugger, por su hombría y su valor, pronto fué hecho capitán. Dotado, sin embargo, del sentido innato de la justicia, sintió la rebelión interna contra las injusticias de la guerra, la que, en muchos casos, no era movida sino por la ambición y siempre remataba en crueldad. En la batalla de Greifensee comenzó a correr su nombre, a raíz de su enérgica interven-

ción en favor de los adversarios vencidos. Con lo que pronto reconoció la misión de su existencia: obtener la paz para su patria sacudida, la terminación del flagelo que ciega las vidas, deja en soledad las mujeres y los niños, devasta los campos y arruina las ciudades. ¿Cómo cumplirla? Sólo conoce Klaus un arma eficaz: la oración. Y aumenta sus ausencias en el bosque.

La madre advirtió a su prometida, Dorothe Wissling, acerca de esta rareza de su hijo Klaus, pero que éste era un hombre capaz de amar con gran corazón, bien lo sabía Dorothe. El matrimonio de los dos campesinos llegó a ser no sólo feliz, sino fecundo en diez hijos, el mayor de los cuales fué Gobernador de Sarnen y el menor, titulado en la Universidad de Basilea, fué párroco de Sachseln.

¡Con cuánta reverencia visitan sus conciudadanos la casa campesina, al pie del macizo alpino, donde vivieron los Leuenbrugger, conservada como reliquia nacional desde 5 siglos! Allí hubo las alegrías del hogar feliz y las bendiciones de la faena rural; hubo también la preocupación por la causa pública y hubo las dolorosas separaciones de la guerra.

Como regidor del Consejo de Sarnen, a pesar de la burla sorda de los incrédulos, la aureola comenzó a brillar sobre la figura de Klaus Leuenbrugger. La sencillez y la rectitud de este campesino que no sabía leer ni escribir, se imponía irresistiblemente. Se buscaba su arbitraje y se le nombraba juez para los casos insolubles. Su justicia era como una luz, y como una espada: le acompañaba el juicio de Dios.

Como militar tomó parte en el sitio de Lucerna, aunque predijo la esterilidad y condenó la injusticia de esta campaña. Y cuando hubo de guiar su regimiento en la campaña de Thurgau y del Rhin, obligado por

el antiguo juramento de los confederados, no solo detuvo a la tropa ante el saqueo devastador sino que logró infundir en su alrededor su espíritu antibélico, contra el afán general de hacer conquistas y ganar botín. Sus arengas mas parecían advertencias a los jefes mayores responsables, y amonestaciones a los soldados a la moderación, que discursos provocadores de animosidad. Pero bien sabía Klaus que no alcanzaria gran cosa con sus tuerzas humanas, y era su martirio interior ser testigo de la guerra, siempre la guerra. Su vida y su alma pertenecian a la Patria, para quien queria el don supremo de la paz. Todo lo que por ello niciera sería poco, y presentia que le era exigido un sacrificio total. Su llamado interior a la soledad se hacia más insistente, hasta que por fin, una noche de otoño de 1467, cuando su hijo mayor ya tenía 20 años, comunicó a su esposa su secreto. Rogó por última vez con sus niños en el hogar, al pie del Crucifijo, y partió en silencio, para siempre, a cumplir con su misión.

Tenía 50 años, la plenitud de su vida. Descalzo y sin bagaje dirigió sus pasos hacia Alsacia, pero por el camino otro amigo de Dios lo disuadió de salir del país. Volvió sobre sus pasos, en dirección a las montañas, y cuando al pie de un árbol, quiso comer el pan que llevaba de provisión, no le fué posible, y en adelante vivió sin comer ni beber, como lo comprobaron todos los testigos de su tiempo. Se estableció primero en las alturas solitarias de Klüster, en Obwalden, donde vivió en una cabaña de pastores abandonada, pero luego bajó a Ranft, no lejos de Flue, el rincón favorito de su oración. Desde allí se le vió acudir cada Domingo a la Iglesia de Sachseln, sin hablar con nadie, siempre rezando.

En Ranft comenzó el nuevo período de su vida, que iba a durar 20 años.

No tardó en ser descubierto su paradero, en medio del bosque, junto al torrente Melchaa, y allí fué donde comenzó la romería de curiosos, crédulos e incrédulos, que lo acechaban para pedirle su intercesión sobrenatural o para observarlo. Para los primeros siempre tenía, por lo menos, un consuelo, en palabras lacónicas pero profundas. Para los segundos sólo tenía silencio.

A raíz de un incendio que amenazó devorar toda la población de Sacheseln, y que fué detenido a juicio de todos, por la intercesión de Bruder Klaus, traído precipitadamente al lugar del siniestro, el Municipio mandó construirle una celda y una capilla adjunta en medio del bosque en Ranft, la que fué solemnemente consagrada por el Obispo Tomás de Constanza en 14 de Abril de 1469. Las maravillas que se contaron sobre Bruder Klaus pronto rebasaron los confines de Obwalden y los de la Suiza, aumentadas por las leyendas, que, por otra parte, no hacen sino confirmar el carácter de los hechos. Lo cierto es que la intervención de Nikolaus de la Flue era tenida como el último recurso infalible en todas las circunstancias de peligros y calamidades públicas y privadas. Y así fué como al Ranft se vió acudir a enfermos y ne-

cesitados no menos que a prelados y gobernantes en demanda de favor o consejo.

Refieren las crónicas de los tratados de Lucerna y de Stans en 1481, en los que se debatió la entrada de Friburgo y de Soloturm a la Confederación, que cuando las sesiones amenazaban terminar en desacuerdo con los ánimos dispuestos a nuevas guerras, se envió un mensajero a Ranft desde donde el ermitaño envió las palabras simples pero fuertes que impusieron la concordia y dieron lugar a los acuerdos de paz. El mismo edicto de Stans se cree haber sido redactado en la ermita de Ranft.

Fué pues en la soledad, donde Klaus consagró su vida al servicio de la Patria, y con su oración sencilla como el gemido de un niño, fuerte como una palanca, como obtuvo la prudencia para sus ciudadanos y la paz para su nación. Así lo considera, reconocida, la fe de todo un pueblo.

Cuando en la última guerra, los países vecinos sufrían las más horribles devastaciones que registra la historia, y los aviones de bombardeo cruzaban en todas direcciones por encima de Suiza, los suizos aseguran haber visto una inmensa mano que los protegía, en el cielo. Era la de su protector San Nicolás de la Flue.